

EMILIO GANCEDO

# La Brigada 22

*Me encontraréis cuando  
me busquéis de todo corazón.*

Jeremías 29, 13

## LA ARAÑA.

Su lento y casi inapreciable ascenso por la pared en dirección al techo. La forma en que avanzaba con sus patas de hilo, como caminando sobre un sueño. Su cuerpo mínimo empeñado en la tarea de alcanzar el ángulo superior de la esquina, allí donde sentirse a salvo y poder divisarlo todo. Movimientos suaves, algodonosos, sin ruido. Una lágrima de vida. Una criatura balanceándose sobre su propio destino. Un trabajo ínfimo e inmenso, similar a un mundo. Sus progresos le parecieron cosa extraordinaria: apenas le quedaba un puñado de esos pasos suyos leves y seguros, fluidos y definitivos como el tiempo, para llegar arriba.

Quiso ser esa araña.

Desde la cortina de sangre que le cubría la mirada encontró refugio en una idea simple y redonda. Subir paredes. Ser lento, tenue, inaudible. Pasarse la existencia tratando de alcanzar los ángulos altos de las habitaciones y consiguiéndolo, y una vez allí observar en silencio y sin emoción los afanes de sus moradores. Alimentarse de otros insectos cazados de forma limpia, perdidos en una nube o en una quimera. Ser araña, no quiso más. Respirar aire y mover de cuando en cuando algún miembro o estar casi siempre inmóvil. Simplemente ser. El hecho de aspirar a algo tan pequeño y bienaventurado lo reconfortó de una manera extraña, cósmica. Y la idea se convirtió en un caparazón que lo protegió un poco con respecto al mundo exterior, asunto por completo diferente de aquella araña, de su amable silencio y de su meta de esquinas. Algo que se parecía a una espinosa madeja de fuertes voces, insultos, palizas, escupitajos e incisiones, y un dolor de intensidad tan inabarcable y

sorprendente que acabó por convertirse en una especie de zumbido constante instalado en la cabeza, el natural y habitual latido de su cuerpo. Tan familiar que hasta le parecía raro pensar que hubo un día en que su cuerpo no era un trozo de materia permanentemente azotado por vergajos, achicharrado a base de brasas, colgado de los pulgares, obligado a permanecer en posturas imposibles, a toda hora maltratado por el frío, los hombres y la rugosidad de un minúsculo calabozo de suelo cementado. Carne aplastada, perforada, hendida, triturada o desgajada, carne que le llegó a parecer ajena, de otro hombre o más bien de animal de matadero, con su olor a corrupción, sus partes endurecidas por los golpes y otras surcadas por líquidos que cristalizaban en costras, insólito material plástico, deformable, demasiado fácil de quebrantar. Ese era su mundo, el de un erizo con las púas hacia adentro, permanente calambre, continua torsión. Ya no había tiempo ni familia, ni cosas blandas o agradables; para él se habían extinguido el sol, la hierba y el pan. Ahora todo eran agujonazos de fuego y ese entumecimiento total, la parálisis causada por el calvario extremo, que vino después de los primeros pánicos. Percibía dolor pero llegó un momento en que no podía darle sentido. Lo notaba como lo puede notar el ganado. Y dormir entre convulsiones era el pobre cielo que le reservaban los buenos dioses. También había preguntas. Muchas, o mejor dicho, siempre la misma, formulada de manera tan repetitiva y constante que lo hacía pensar en piedras redondas, en pulidos cantos de río lanzados contra su cabeza, una vez y otra.

—Bajasteis a Quintana tú, Germiniano, el Cacho y Agustín. Bajasteis vosotros cuatro y nadie más, y allí, en el chamizo del Hoyalatero, os encontrasteis con la partida del Boniato. O sea, con el Rubio, Limpias, Cacereño, Belvís, Santágueda y Montánchez. La brigadilla de Lupicinio ya os tenía preparada la sorpresa.

Sabía cómo seguía y cómo terminaba. Podía repetir esas palabras, ese rosario de cuentas de fuego, una detrás de otra y sin equivocarse nunca, de tan dentro como le habían caído.

—Os dieron leña. Rodearon el chamizo, tiraron dentro un par de bombas de humo, os ametrallaron conforme ibais saliendo, y de postre y para los que decidieron quedarse, lumbre. Ardió la chabola entera.

Lo que ya no acertaba a saber era quién hablaba exactamente. A veces sonaba una voz grave y marcial, barnizada de charol; otras era fina e hiriente, empapada de odio y sadismo, y en ocasiones parecían mezclarse ambos timbres para producir una personalidad nueva, un monstruo mestizo. Seguro que al principio, hace ya tantas edades de tiempo, percibía con claridad los rostros de quienes a él se dirigían, pero al final estaba tuerto y falto de varios dedos, y su cuerpo era una crisálida de males continuos, y ya no los recordaba; qué le podía importar entonces el perfil o el número de sus carniceros. Y en la apoteosis del dolor y de la fatiga suprema, aquellos términos y acusaciones le llegaban en las voces de su padre o de su hermana pequeña, enloquecido y desorientado como estaba en mitad de un laberinto de sílabas.

—Tú saliste, te pegaron dos tiros en las piernas y al final te agarraron. Después contaron los cuerpos. Once, con los del Hojalatero y un hijo suyo. Apagaron aquello para que no se carbonizaran demasiado. Un poco tarde porque estaban todos como colillas.

Le hacía daño la aritmética. Le revolvió cosas de muy adentro que ya no le pertenecían, y le entraban ganas de vomitarse a sí mismo, de no haber sido aquel guerrillero de montaña, de no haber sido un hijo y un esposo, un padre y un amante, una criatura con su nombre y sus apellidos, de no ser nadie o, como mucho, solo un insecto pequeño e inocente. El dolor de permanecer callado, que sentía como deber insoslayable, mandato sagrado de compañeros y partido, había sido mayor que el provocado por cualquier latigazo. Un fuerte apretar de mandíbulas con el que quebrar el miedo terrible a la delación. No hablar sabía a sangre.

—Claro, más tarde se dieron cuenta de que el Hojalatero no tenía uno sino dos hijos mozos, y a lo mejor hasta más. O sea que

## I

VIENE DETRÁS DEL SUEÑO un raro momento en que uno todavía no sabe quién es. Unos segundos mitad angustiosos, mitad de curiosa redención, en los que el semidurmiente debe concentrar sus pensamientos dispersos y realizar un notable esfuerzo por resituarse y comprender, por atrapar su identidad como si fuera un pájaro al vuelo e introducirla de nuevo en el cuerpo. Los miembros de algunas tribus apartadas temen bostezar o estornudar porque creen que el alma puede escapárseles en ese momento por la boca o la nariz, y tienen previsto todo un repertorio de técnicas y sortilegios para traerla de regreso, aunque a veces se pasan meses y años dando vueltas por la selva persiguiendo el alma errante.

El despertador que cada mañana lo hacía emerger del sueño era antiguo y estridente, de mazos y campanillas. Después de descifrar la persona que era y de ubicarse en el mundo, Paquito Munera solía entretenerse pensando en cómo habría pasado la noche su alma, por dónde habría andado y a qué tipo de gente habría conocido en sus imprecisas escapadas. Tumbado durante un rato en la cama, también le daba por imaginar una absurda posibilidad: el día en que atrapara por error, en ese aspaviento mental mañanero, la identidad de otra persona que por allí flotara, con su dueño aún dormido, y se viera convertido en otro hombre, en un agente de bolsa, un espía soviético, un pastor de ovejas o un pirata de Borneo. Otros días le agradaba sobremanera prolongar esos pocos segundos de indefinición, sentirse libre y despersonalizado, abierto a mil posibilidades distintas, pasatiempo con su cierta dosis de vértigo incorporada —¿quién le aseguraba que no quedaría

así, sin poder hacerse con personalidad alguna, sintiendo, sí, pero sin ser... nadie?—. Tampoco solía desembocar en puro terror el divertimento: el recuerdo de lo que era, invariablemente, acababa cayendo sobre él después de planear en círculos por encima de su cabeza.

A Paquito Munera siempre le pareció extraño que, siendo como son todos los días diferentes, ofreciesen a su usuario cosas casi idénticas, escenas o pensamientos que en cada jornada se repiten a la manera de clavazones con que cada uno va apuntalando el bastidor del existir. Así, por ejemplo, echarse agua en la cara nada más levantarse pero jamás en la nuca, un lugar que le daba escalofríos por su terneza y su blancura, y que ni siquiera podía representarse sin sentir verdadera repulsión. O hacerse preguntas carentes de respuesta como qué aspecto tendría si, en vez de vivir en aquella pequeña ciudad de España, residiera en mitad del desierto australiano, y qué tipo de arrugas y de color de piel y de líneas de expresión le habrían nacido en la cara, y si hubiese sido de esa manera, quizás incluso un día, frente al espejo del cuarto de baño de una cabaña de madera levantada en mitad del desierto australiano, se llegase a preguntar por el aspecto que tendría de haber nacido en una pequeña ciudad del interior de España.

Después de asearse caminaba por el pasillo de aquella casa que olía a rincones húmedos y a legumbres en permanente estado de cocción, echaba un vistazo al salón en el que rara vez entraba, y al sofá en el que nadie se había sentado nunca, y seguía avanzando. Aguzaba el oído frente a la puerta entreabierta de la alcoba donde dormía la madre, escuchaba su familiar gorgoteo, como de animal en la cuadra, y continuaba hacia la cocina. Allí venía a pensar en que habría que mandar arreglar el grifo, que llevaba años flojo, otro de esos pensamientos periódicos que le aguardaban detrás de cada esquina. No eran tan malos en el fondo, consideró, ayudaban a vivir, le hacían a uno las cosas más familiares en un mundo que a lo mejor no tenía nada de amable, y se preparaba su café con leche.

Mojaba una magdalena hasta conseguir la textura deseada: bien empapada en líquido pero no tanto que se rompiese y acabase por caer a la taza, pequeño iceberg marrón desplomándose en silencio. Era una casi imperceptible tragedia cotidiana, de esas que le preocupaban y lo hacían reflexionar, lo mismo que los diminutos éxtasis. Entre estos, por ejemplo, que la magdalena no se quebrase y se adentrase gloriosamente en su boca con un cortejo de sabores en mixtura: el amargor del café compitiendo con la dulzura de la masa azucarada, pequeño combate diario de siempre interesante desenlace. Brevísimas explosiones de gozo. Chispazos de microdolores pasajeros. Paquito Munera continuaba con sus quehaceres.

¿Desayunaste, Francisco? Sí, mamá. ¿Te cambiaste de muda? Sí. Tienes un calzoncillo sobre el radiador de la entrada, planchado, pónitelo. Sí, ya me lo puse. Ponte ese no sea que tengas un accidente o algo y al meterte en la ambulancia o luego en el hospital te vean el sucio. Que sí, que ya me lo puse. Los pantalones están en la balda de arriba, Francisquín, no se te ocurra ir a trabajar hecho un adán, eso no lo soportaría. No, mamá. Los trabajos son como las mujeres, hijo, hay que saber conservarlos, no hay que dejarse, no hay que descuidarse un solo momento, ¿entiendes? Te lo dije un día y te lo vuelvo a repetir porque es importante, es una cosa muy importante. Hasta lo dijo el papa en una encíclica, eso de la limpieza. ¿Pero estás ahí, Paquito, que no te veo? Sí, mamá. Ven, acércate a la puerta, ¿no oíste lo que te dije sobre los trabajos? Son como las mujeres, ya te oí, mamá. Ay, Paquito, si te viera tu padre. Ya estás otra vez. Era un hombre recto, era un hombre bueno, era un hombre religioso. Sí, madre, vaya si lo era. Era un hombre derecho, nunca se quiso meter en líos, nunca faltó el respeto a nadie, todos lo querían bien. Todos se acercaban a casa y le pedían consejo, o que los ayudara por ejemplo a mandar una carta porque entonces la gente era muy mísera y vivía como los bueyes y no sabía de nada, y él conocía todas las letras, incluida la hache intercalada, con lo difícil que es. También sabía de sellos. Les decía: «Este no, este no está bien puesto, con este



## II

A PESAR DE LO incómodo del asiento, el teniente Aníbal Tosantos esperaba quieto y erguido a que lo llamaran para la reunión. Del otro lado de la puerta se escapaban murmullos y pasos, aleteos de páginas y un zigzaguar del bolígrafo sobre la cuartilla, nada en definitiva que le ofreciese pistas válidas sobre el propósito del encuentro. Todo era un poco enigmático y hasta los propios métodos empleados para hacerle llegar la citación le habían parecido desconcertantes. Porque antes de la convocatoria en firme, del preséntese usted tal día y a tal hora en comandancia, había sido blanco de una sucesión de insinuaciones, indirectas y avisos, y tenía cada uno de ellos cuidadosamente registrado en la memoria, como no podía ser de otro modo en alguien que todo lo reconocía y lo inventariaba. Primero, los gestos que empezó a hacer el alférez Arriola en el comedor. Hablaba con otro oficial y los dos lo miraban sin empacho, apuntando hacia él los mentones mientras recibían en sus bandejas las piezas de fruta del postre. Después, las palabras del capitán Ruisánchez, soltadas en un pasillo como quien no quiere la cosa.

—Andan estos de arriba moviendo papeles y cajas. No sé si no te pillaré en medio, Tosantos.

Es verdad que tenía fama de ordenado y diligente, unas virtudes en roce perpetuo con la obsesión, pero no alcanzó a comprender el sentido oculto de aquello. En comandancia ya contaban con abundante personal como para tener que recurrir a sus servicios, pensó. ¿O es que maduraban la idea de reformar otra vez o de cambiar de sitio el archivo entero, cuya disposición exacta diseña-

ra en su día? La duda lo inquietó ligeramente. Necesitaba que las órdenes y resoluciones se hicieran por el conducto preceptivo, no podía soportar hilachas en el reglamento como no podía ver un papel tirado en el suelo. La siguiente insinuación se la hizo otro capitán, Marchamalo, de pronunciado y sonriente colmillo, tipo a la vez hiriente y entusiasta, al encontrarse en la puerta de un aula.

—¡Hombre, Tosantos! Qué tal, cómo lo llevamos. ¿Tirando, no? Estupendo, hombre. Tú siempre ahí, en el aula, en el taller, en el foso, nunca en la cantina, ¿eh? ¡Qué tío, Tosantos! Así va uno ascendiendo, así va uno haciéndose su carrerita, sigue así que tú vales mucho. Y me da que dentro de poco vas a tener oportunidad de demostrarlo, fijate lo que son las cosas, de lo que uno se entera por ahí. Míralo, y ahora irás a hacer un poco de gimnasia, ¿no? ¡Qué grande, este Tosantos!

El teniente lo contemplaba serio desde sus gafas impecables y veía al otro alejarse entre risas y palmadas, sin apenas poder poner fin a su cháchara. Incapaz de procesar la información recibida, la archivó en un rincón de su cabeza para intentar asimilarla en cuanto le llegaran datos nuevos y complementarios. Se quitó las gafas, las limpió sin necesidad con el trapito que guardaba a ese efecto en la funda, y volvió a sus labores.

El asunto llegó a cotas extrañas y casi antirreglamentarias cuando uno de los mandamases del cuartel, el general de brigada Remírez, hombre de inmenso perímetro sobre el que medallas y divisas lucían como bisutería en el escaparate de un bazar, lo reclamó para dictarle una carta a máquina con el absurdo pretexto de que ninguno de sus secretarios estaba disponible. Al finalizar, una vez que el teniente se hubo cuadrado con energía, detuvo con un gesto su ademán de abandonar el despacho.

—Espere, Tosantos, espere, vamos a ver una cosa. No se marche tan rápido, hombre, que parece siempre una ardilla, siempre fiu, fiu, con carpetas bajo el brazo. Descanse, no esté ahí tan tieso. ¿Le apetece un cigarrillo?

—No fumo, mi general.

—Eso está bien. Vamos a ver, tiene usted fama de hombre íntegro y de hombre razonable.

—Muchas gracias, mi general.

—Usted es un hombre hecho a sí mismo, ya lo veo yo, no hace falta que nadie me lo diga, usted no es uno de esos hijos de papá que entran adelantando a los demás por la derecha, ¿no es eso?

Tosantos no supo qué responder. Al otro no pareció importarle.

—Usted tiene ganas y talento para hacer carrera, para correr el escalafón, eso ya lo sé yo, y es muy buena cosa. Me recuerda a mí cuando era un joven teniente lleno de ideas y proyectos.

—Gracias mi general, me halaga usted.

—Tampoco sea zalamero, Tosantos. Pero sí, todos hemos empezado desde abajito, desde abajito, y poco a poco hemos ido progresando. Para eso, claro, hay que saber aprovechar las oportunidades que a uno se le presentan, no se puede estar mirando la vida pasar, como las vacas al tren.

—No, por supuesto, mi general.

—¿Está casado, Tosantos?

—No, señor.

—¿Novia?

—Aún no, señor. —Se azoró, más por lo irregular del cuestionario que por lo íntimo de la pregunta.

—¡Ajá! ¡Es usted de los míos, Tosantos! —El general de brigada se echó hacia atrás satisfecho, haciendo crujir su sillón—. Bajo esa pinta de no haber roto un plato veo que se oculta un hombre que sabe disfrutar de la vida. Por el día, el trabajo duro y los pantalones bien planchados, pero por la noche... ¡La fiera anda suelta! ¡Cómo le envidio, Tosantos! ¡Cómo me recuerda a mí!

—Bueno, mi general, no crea...

—¡Las que armábamos en aquellos años! Me acuerdo una vez, ¡madre mía, qué disparate! Nos escapamos todos una noche,

todo el grupo, después de comprar con tabaco al de la garita, y hala, al pueblo de farra. ¡Qué borrachera! ¡Qué jaleo! Acabamos en los cabarés, ¿se da cuenta? Y yo, empeñado en traer al cuartel a la que nos había tocado en suerte al Pellones y a mí, una rubia teñida, algo mayor pero que no estaba nada mal, por cierto. Estos que no, y yo que sí, y al final acabé convenciéndolos. Les dije que podíamos esconderla en el cuarto de las escobas para que dispensara allí sus servicios, y no era tan mala idea, ¿eh? Venía borracha como todos, cantando canciones de misa y jotas y la de Dios, y aquí a la entrada, donde el río, no se le ocurre otra cosa a un compañero que decir que teníamos que pasarlo a nado, qué cojones de puente ni puente. ¡Bueno, pues todos al agua! ¡Maricón el último! Nos quedamos en calzoncillos con el frío que hacía y pasamos, pero yo no sé si también iría drogada o qué, que la puta se nos fue río abajo, lo último que vimos de ella fueron sus zapatos de tacón por ahí flotando, ¿qué le parece? ¡Matamos a la puta, se da cuenta!

El general de brigada Remírez estalló en una serie de risotadas rápidas y sucesivas, cada una de las cuales más corta y ahogada que la anterior, una especie de movimientos sísmicos que hacían temblaquear su redondo cuerpo de sapo. Ahora bien, en cuanto vio que el teniente palidecía y lo miraba con ojos muy abiertos y expresión de alucinado, intentó dejar de reír aunque le fue imposible detener de golpe aquel tumulto, y solo lo frenó a base de abruptas toses, resoplidos y una especie de sordo eructo.

—Era solo una puta, ¿sabe? —Procuró componerse—. Nadie la reclamó ni nada. Y nos cayó una buena bronca, hágase cuenta. Si echaron a dos o tres, me parece. A mí no porque vino mi padre, que entonces era comandante en Lérida, y paró aquello, pero fue gordo, gordo.

Tosantos seguía contemplándolo sin pestañear. Los ojos parecían habersele hecho más pequeños dentro de las gafitas cuadradas.

III

Expediente 0336578-7827  
Asunto declarado: confidencial.  
Referencia 76538/ A

- ¿Acaba en A o en B?
- ¿Cómo?
- La referencia esta.
- ¿Qué es?
- Qué va a ser, la reunión que acaban de tener ahí adentro.
- ¿Quiénes?
- El coronel con otros más y con el teniente Tosantos.
- ¿Tosantos?
- Sí, hombre, el ingeniero.
- No me doy cuenta.
- Sabes quién es. Muy estirado, muy seco, apenas habla con nadie. Siempre impoluto, con carpetas bajo el brazo.
- ¡Ah! ¡Polvos de Talco!
- Eso, Polvos de Talco. Bien bautizado, ¿eh?
- Es que en este cuartel siempre se han puesto muy bien los apodos. Somos famosos en toda la Región Militar.
- Por ejemplo, Aguamarina.
- Sí, je, je. O Berrinches.
- ¿Y qué me dices de Lacatus?
- Caifás, Calzón Quitao. El Fregonas.
- Batracio. Jeringuilla. Cabezabuque.
- Rompesuelos. Amordediós. Ahogaputas.

—Giraldilla.  
—¿Quién es Giraldilla?  
—...  
—Vamos, no me jodas. No me jodas.  
—Se me ha escapado. Y que conste que yo nunca te he llamado así, ¿eh?  
—Pero ¿por qué Giraldilla?  
—Si son dos o tres solo, hombre. Elpidio, esa gente.  
—¡Es apodo de maricón!  
—¡Qué va!  
—Que sí, coño.  
—No te preocupes, hombre. Son solo dos o tres los que te llaman así.  
—¡Qué cabrones!  
—Pero ¿es con A o con B?  
—¿El qué?  
—La referencia.  
—Por el tono de voz, lo de Giraldilla, ¿no?  
—Venga, hombre, déjalo estar.  
—Yo no tengo la culpa. No me cambió a tiempo. El médico dijo que era por un tema de los ganglios. Es un asunto serio.  
—Si no tiene importancia, si lo habré oído una o dos veces.  
—Oye, ¿y tú no tienes mote?  
—No, yo no.  
—Pues en el comedor oí una vez que te decían Napioso.  
—Qué tontería. Es un mote que ni tiene gracia ni tiene nada. ¿Por la nariz? Tampoco es para tanto.  
—Reconoce que tienes un buen tubérculo.  
—Cállate, Giraldilla.  
—¡Cabrón...!

El general Remírez apareció en la oficina de improviso. Un ángel con espada flamígera en la mano no los hubiera sobresaltado tanto.

—¿Qué coños pasa aquí?

—Nada, mi general. Solo una duda respecto al procedimiento.

—Una duda de nada.

—Nos preguntábamos si la referencia de este documento era la A o la B.

—Sí, la A o la B.

—Gabarrón, Curieses. Son ustedes, de largo, los dos secretarios más ineptos de todo el país, y miren que tengo el culo pelado de arrastrarlo por cuarteles de las malditas nueve regiones. ¿Qué documento?

—El correspondiente a la reunión que acaban de mantener ahí dentro. Según la nueva ley hay que redactar prueba atestiguan- te de todas las reuniones celebradas en comandancia. Ya sabe.

—¿Y eso desde cuándo?

—Pues desde Suárez. La democracia. Ya sabe.

—La democracia, señor.

El general Remírez echó un vistazo al documento que estaba empezando a escribir a máquina el cabo Curieses.

—Bueno. Esto es tremendo. «Confidencial». Pone «confi- dencial». ¿Y por qué no escribes «secreto»? Coño, que es de ópera bufa. ¿Desde cuándo existen reuniones secretas con prueba escrita de que las ha habido? ¿No ven que eso no ni tiene pies ni cabeza, idiotas? ¿Por qué no pones mejor «Que esto no lo lea ni Dios o será fusilado al amanecer, en la tapia del cementerio»?

—Mi general, el procedimiento...

—Las nuevas ordenanzas...

—Adolfo Suárez...

El general de brigada Remírez intentó arrancar la hoja con ímpetu, pero, al estar inserta en la máquina y frenada por el prensapapel, solo consiguió rasgarla y obtener una tira, el trozo de fo- lio correspondiente al encabezamiento. Lo miró y no supo muy bien qué hacer con él. Estaba irritado y confuso. Al final lo convir- tió en una bolita arrugada y a los oficinistas les pareció que la iba